

se aguardaba el ingreso de otros siete ú ocho mil en sus filas. Agrególes Napoleon á las órdenes del general Marchand y en número de cuatro mil hombres aquellos de sus aliados que le fueron mas obedientes, por estar mas próximos á nosotros, como los heseses, los badeses, los francforteses. Mil quinientos artilleros, y quinientos húsares, que componian toda su caballería, elevaban su cuerpo á los cuarenta y ocho mil hombres de que hemos hablado.

No subia á cuarenta mil hombres el segundo cuerpo del Rhin, que se organizaba en Hanau á las órdenes del mariscal Marmont, segun se habia supuesto, sino á treinta y dos mil tan solo, por retardarse muchos destacamentos. Teniendo bastantes hombres atrasados la tercera division de este cuerpo, mandada por el general Teste, se hubo de detener para esperarlos, antes de juntarse al grande ejército. Cuando estuviera completa, debia ir á Hesse, para velar alli por el trono del rey Gerónimo amenazado, recoger al paso á la division de Dombrowski, y reunirse en seguida sobre el Elba al cuerpo del cual estaba destinada á formar parte. Veinte y seis ó veinte y siete mil combatientes componian las tres divisiones restantes, contándose entre ellos el hermoso cuerpo de infantería de marina, y estaban mandados por gefes de division ilustres, como los generales Compans y Bonnet. Este último era el que tanto se habia distinguido en España, lo cual patentiza que Napoleon sacaba de esta comarca lo mejor para oponerlo á la coalicion nueva.

Finalmente distaba mucho de estar pronta la Guardia imperial que debia ascender á mas de cua-

renta mil hombres, sin embargo, de la actividad desplegada por Napoleon para reorganizarla. En estado de partir se hallaban cerca de tres mil hombres de infantería de la Vieja Guardia, ocho ó nueve mil de la jóven, mas de tres mil ginetes, y cuantos artilleros se necesitaban para servir cien bocas de fuego. Estos quince ó diez y seis mil hombres debian recoger los tres mil que el principe Eugenio tenia á su lado, y dejaban detrás veinte y cinco mil hombres en camino, los cuales debian formarse muy pronto en Maguncia, en Hanau, en Wurzburg, cuando se les dejara puesto.

El general Bertrand era quien habia experimentado menos engaños en la formacion de su cuerpo de tropas. Cuatro divisiones llevaba de infantería, tres de ellas francesas y una italiana, constando de treinta y seis á treinta y siete mil infantes y de dos mil quinientos artilleros. En lugar de los seis mil ginetes que se lisonjeaba de tener bajo su mano, solo pudo reunir dos mil quinientos, por no estar prontos á tiempo el regimiento 19.º de cazadores, y otros dos regimientos de húsares que se formaban en Turin y en Florencia. Añadiendo á este efectivo tres mil conscritos, que acababa de recoger en Augsburgo, tenia cerca de cuarenta y cinco mil hombres, bien dispuestos y mejor instruidos que los demás de la nueva hueste, porque se componian de cuadros antiguos, ó de conscritos que contaban de instruccion uno ó dos años. No habiendo mandado nunca el general Bertrand tropas, dióle Napoleon para que le ayudara el general Morand, antiguo compañero de Friant y de Gudin en el primer cuerpo, y uno de los mejores del ejército. No podia Napoleon dejarle cuatro



divisiones, á causa de no tener mas que tres la mayor parte de los mariscales. Le conservó las divisiones de Morand y de Pegri, esta italiana, que se hallaban delante de las otras, y destinó al mariscal Oudinot las divisiones de Pacsod y de Lorencez, que se habian quedado á retaguardia. Cuando se pudiera atraer á los wurtembergueses y á los bávaros debian suministrar una tercera division, los primeros al general Bertrand y los segundos al mariscal Oudinot.

Teniendo en cuenta estas diversas reducciones, con los cuarenta y ocho mil hombres del mariscal Ney, con los veinte y siete mil del mariscal Marmont, con los quince mil de la Guardia, con los cuarenta y cinco mil del general Bertrand, podia Napoleon desembocar en Sajonia al frente de ciento treinta y cinco mil hombres, y de trescientas piezas de artillería, dar la mano al príncipe Eugenio, que le aguardaba junto al Elba con sesenta y dos mil hombres y cien bocas de fuego, y oponer así al enemigo doscientos mil combatientes, presentes en realidad bajo bandera. Estos doscientos mil combatientes debian ser completados por otros cincuenta mil muy pronto, y seguidos por tres ejércitos de reserva, con los cuales se elevaria el total de nuestras fuerzas lo menos á cuatrocientos mil soldados. Resultado prodigioso era este, sobre todo cuando se considera que Napoleon solo tuvo tres meses para reunir estos elementos dispersos ó casi destruidos, y aun era resultado poco creíble. Así los alemanes, cuyo odio se exhalaba tanto en burlas como en gritos de rabia, publicaban caricaturas, representando destacamentos de soldados, que salian de Maguncia por una puerta y entraban

por otra, con el objeto de simular que pasaba el Rhin una serie incesante de tropas. Ahora habia que dar crédito á este prodigio y que temer sus resultados, viendo los cuerpos franceses desfilar en largas columnas de Maguncia sobre Francfort, y de Francfort sobre Fulda ó sobre Wurzburgo. Verdad es que los tiros de la artillería estaban compuestos de potros, casi todos con mataduras por efecto de su edad y de la inexperiencia de sus conductores: verdad es que la caballería era casi nula, y que los mariscales Ney y Marmont solo tenían quinientos hombres de á caballo cada uno para las exploraciones y el general Bertrand dos mil y quinientos; verdad es que, para formar una reserva de gruesa caballería capaz de cargar en línea, habia que contentarse con tres mil cazadores y granaderos de á caballo de la Guardia, con cuatro ó cinco mil húsares y coraceros llevados de Hannover por el general Latour-Maubourg, y casi todos montados en caballos que apenas tenían la edad del servicio; pero habia que contar con el espíritu que animaba al conjunto. Aquellos generales, aquellos oficiales, procedentes unos de España ó de Italia, salvados otros milagrosamente de Rusia y aplacados despues de un momento de ira, sentianse indignados al ver que se ponía en duda, no la gloria de Francia, sino su poderio; por restablecerlo estaban resueltos á esfuerzos extraordinarios, y aun censurando la política del que les condenaba á estos desesperados esfuerzos, de tal modo habian comunicado su espíritu á sus jóvenes soldados, que estos, arrancados trabajosamente poco antes del seno de sus familias, mostraban singular ardimiento, y prorumpian en el grito de *viva el Em-*



perador! siempre que veian á Napoleon, á Napoleon autor de las sangrientas guerras en que iban á perecer todos, autor detestado por sus familias, poco antes detestado por ellos mismos, y censurado cotidianamente y sin recato en los bivaques y en los estados mayores. ¡Noble y conmovedora consecuencia de la desesperacion del patriotismo!

Despues de dar la última mano á sus aprestos, dejó Napoleon el 26 de abril á Maguncia, visitó sucesivamente á Wurzburg y Fulda, y dirigióse á Weimar, donde le habia precedido el mariscal Ney á la cabeza de sus jóvenes y bizarras divisiones. Su plan, concebido con la rapidez y la seguridad habituales de su golpe de vista, consistia en dejar que los coaligados, ya mas allá del Elba, se adelantaran cuanto fuera de su gusto, aun hasta el alto Saale, luego en dirigirse personalmente sobre Erfurt y Weimar, en desfilar detrás del Saale como detrás de una cortina (frase de sus despachos), en incorporarse el príncipe Eugenio hacia Naumburgo ó Weissenfels, en pasar acto continuo este rio en masa, y en coger así de flanco al enemigo hacia los alrededores de Leipsick á la cabeza de doscientos mil hombres. Si le ayudaba la fortuna, se podia prometer de este plan los resultados mas insignes. Despues de vencer á los coaligados en una gran batalla, podia apoderarse de bastante número de ellos, arrollar mas allá del Elba y del Oder á los que no aprisionara, levantar el bloqueo de las guarniciones de las plazas de este último rio, entrar en Berlin nuevamente victorioso, volverse á poner en comunicacion con Danzick, y presentar mas terrible que nunca el leon, á quien se creia abatido.

Con estas miras hizo que el mariscal Ney marchara á la cabeza, y dirigióle sobre Erfurt, Weimar y Naumburgo, para ocupar los pasos del Saale, antes que el enemigo tuviera tiempo de tomarlos. Hasta le previno que ocupara los conocidísimos pasos de Saalfeld, de Jena, de Domburgo, que no cruzara el Saale, sino que lo guardara tan solo, y empujó hacia él al general Bertrand, seguido á poca distancia del mariscal Oudinot por Bamberg y Coburgo sobre Saalfeld. Menos indecisos los reyes de Baviera y de Wurtemberg en su conducta, el primero despues de abortadas las intrigas del Austria, el segundo por consecuencia del prodigioso desarrollo de nuestras fuerzas, pusieron al fin en movimiento cada uno seis ó siete mil hombres, de manera de suministrar dos divisiones más, una para el general Bertrand, otra para el mariscal Oudinot, lo cual debia elevar nuestras fuerzas concentradas á muy cerca de doscientos doce mil hombres. Al mismo tiempo mandó Napoleon al príncipe Eugenio que avanzara en masa en direccion de Dessau, bastante cerca del punto donde se confunden el Saale y el Elba, y que remontara hasta la altura de Weissenfels el primero de estos dos rios. Personalmente seguia al mariscal Ney y al general Bertrand con la Guardia y el cuerpo del mariscal Marmont.

Se hallaba el 26 de abril en Erfurt, el 28 en Eckartsberg cerca del célebre campo de batalla de Awerstaedt. Por donde quiera habia enviado inmensas provisiones, á Wurzburg, que pertenecia al hermano del emperador Francisco, á Erfurt, que pertenecia á Francia, á Weimar, á Naumburgo, que pertenecian á las casas de Sajonia. A



Tuerza de dinero habia vencido el patriotismo germánico, algo menos ardiente en estas comarcas que en las otras. De consiguiente podia esperar que vivieran sus soldados sin necesidad de cometer desórdenes harto grandes. Ahora su operacion delicada era el doble movimiento á lo largo del Saale, consistente para él en bajarlo, para el príncipe Eugenio en subirlo, y cuyo resultado debia ser reunir en una sola masa los doscientos doce mil hombres disponibles. Aunque muy próximos á él los coaligados no tenian bastantes informes, ni estaban bastante alerta, para adivinar su maniobra, y desbaratarla; pero se hallaban muy cerca, y con un solo paso podian interrumpirla y hacer que fracasase.

Hasta ahora habian trabajado lo posible por emplear útilmente su tiempo, si bien no salieron tan airosos como Napoleon de su tarea. Segun se ha visto, el ejército ruso habia padecido casi tanto como nosotros durante la retirada de Moscou, y no contaba mas que cien mil hombres, que apenas habia tenido espacio de reclutar y que se hallaban dispersos desde Cracovia hasta Danzick. Cerca de veinte mil rusos, á las órdenes de los generales Sacken y Doctoroff, se oponian á los polacos y á los austriacos en torno de Cracovia: veinte mil habian quedado delante de Thorn y Danzick: ocho ó nueve mil, á las órdenes de Tettenborn y de Czernicheff, hácia Hamburgo y Lubeck sobre el Bajo Elba: diez mil habian seguido á Wittgenstein más allá de Berlin, y con el cuerpo prusiano de York observaban á Magdeburgo: doce mil, los mas de ellos de á caballo, habian pasado á las órdenes de Wintzingerode el Elba por Dresde: finalmente,

treinta mil, componiendo el cuerpo principal y consistentes en la Guardia, los granaderos y el resto del ejército de Kutusof, se habian quedado con el cuartel general junto al Oder.

Los prusianos habian reconstituido su ejército con una prontitud que revelaba una organizacion secreta y prolijamente preparada. Segun los tratados que les enlazaban á Napoleon, no podian tener sobre las armas sino cuarenta y dos mil hombres, de los cuales tuvieron que darnos veinte mil para hacer con nosotros la última campaña, y de cuyos veinte mil habian perecido mas de la tercera parte. Pero mantuvieron cuadros numerosos, y licenciaron temporalmente á las ciudades y los campos á soldados formados del todo, y que solo aguardaban una señal para volver á sus banderas. Por este medio y con los alistamientos espontáneos de la juventud prusiana pudieron juntar ciento veinte mil hombres, sesenta mil de ellos de tropas activas perfectamente instruidas, cerca de cuarenta mil de tropas que se estaban formando con destino á unirse á las primeras, y cerca de veinte mil en las plazas. Esperanza tenian de elevar este armamento á ciento cincuenta mil hombres, y de poner en línea á cien mil de ellos, si recibian pronto los subsidios ingleses. La juventud de las escuelas y del comercio llenaban los batallones de cazadores de á pié, agregados á los regimientos de infanteria; la juventud noble ó rica entraba en los cazadores de á caballo, agregados á cada regimiento de caballeria.

Por de pronto, descontando la gente que habian de dejar detrás, ó que emplear en el bloqueo de las plazas, ó que enviar á correrias distantes hácia



las extremidades de su línea, solo podían los coaligados presentar sobre el campo de batalla, á su derecha el cuerpo prusiano de York, que desde su defección no había abandonado al cuerpo ruso de Wittgenstein y que reunido á éste, formaba una masa de treinta mil hombres; en su centro el cuerpo de Wintzingerode de doce á quince mil hombres de caballería y de infantería ligeras, marchando de vanguardia; en segunda línea y siempre por el centro á Blücher con veinte y seis mil prusianos y á Kutusof con treinta mil rusos; finalmente, á su izquierda, bien que fuera de alcance, diez ó doce mil hombres á las órdenes del general Sacken, esto es, un total de ciento diez ó ciento doce mil combatientes. No eran muchos en proporción de tanta osadía, de tanta arrogancia y tantas galanas promesas divulgadas por toda Europa, á fin de sublevarla contra nosotros.

Con un socorro habían contado los coaligados, que se hacía esperar todavía, el del príncipe Bernadotte. En la entrevista de Abo convino el futuro rey de Suecia con Alejandro en concurrir á los esfuerzos de la coalición por medio de treinta mil suecos, á los cuales se juntarían quince ó veinte mil rusos, sobre quienes ejercería el mando. Para facilitar la organización de este ejército, otorgaron los ingleses un subsidio de veinte y cinco millones de francos. Según se ha visto, la Noruega debía ser el galardón de la guerra hecha á Francia. Para encadenar al príncipe Bernadotte con un pacto infernal por decirlo así, querían los ingleses añadir á la Noruega la isla de Guadalupe, uno de los despojos de Francia. Sin embargo, no se apresuraba á satisfacer sus compromisos, y ante todo discurría

enviar sus tropas á Noruega, para apoderarse del premio prometido á su defección. Se trataba de disuadirle, especialmente por miramiento á Dinamarca, á la cual se esperaba atraer á la coalición, ofreciéndola una compensación, ya en la Pomerania, ya en los territorios anseáticos. No daba oídos el príncipe real de Suecia á estas manifestaciones, y persistía en no ocuparse mas que de la Noruega. Así la coalición abundaba en desconfianzas respecto de su persona, desconfianzas harto concebibles, porque en el mismo instante, numerosos emisarios, que se sucedían en París unos á otros, afirmaban que el partido del antiguo mariscal Bernadotte no estaba aun tomado, y que, mediante algunas ventajas se le podría atraer á mejores sentimientos respecto de Francia.

Privados de este socorro, privados del de Austria, que aun no se había unido á ellos, por querer antes apurar todas las eventualidades de una solución pacífica, y además por no hallarse todavía pronto, habían resuelto los coaligados recibir el choque de Napoleón con sus ciento doce mil hombres, y hacer mas todavía, ir á chocar con su hueste. Al principio dudaron ó fingieron dudar de la extensión de sus fuerzas: luego, cuando ya no les fué posible ponerlas en duda, negaron la calidad de ellas, sosteniendo que eran niños llevados por viejos, y que no tenían por qué inquietarse de su número los mejores soldados de Rusia y Prusia, animados del patriotismo mas ardiente. Además, estaban en llanos, y sus jóvenes infantes no resistirían el choque de una caballería, la mas numerosa y excelente de Europa. Después de tantas jactancias, repasar el Elba al aproximarse Napoleón fuera difi-



eil y aun peligroso. De este modo se desalentaron hondamente los espíritus en Alemania, despues de excitarlos de una manera tan prodigiosa; y sobre todo alejándose entonces, se restituyera á Napoleón el Austria. Fuerza era, pues, combatir en la posicion que se tenia, y sin embargo, en la impaciencia de seguir el avance para emancipar nuevos puntos de Alemania, fuese mas allá del Elba, pasado á la izquierda, esto es, por Dresde, no pudiéndolo pasar hácia la derecha por causa de Magdeburgo, y empeñándose de esta suerte en un verdadero mal paso. Efectivamente, entre el príncipe Eugenio por una parte, las montañas de Bohemia por otra, y Napoleón por delante, se corria el riesgo de recibir un fuerte ataque por el frente al par que se sufriera un golpe mortal por el flanco. El prudente Kutusof, convertido en una especie de oráculo despues de sus triunfos, no amando á los alemanes ni sus patrióticas demostraciones, persistia en decir que era forzoso atenerse á lo llevado ya á remate, guardar el gran ducado de Varsovia, concluir á este precio la paz con Francia, y retornar al pais propio. Alejandro, fijo en su papel de libertador de Alemania, que le seducia entonces tanto como despues de lo de Tilsit le sedujo el de conquistador de Constantinopla, sentíase contrariado singularmente por la oposicion esta, que no osaba desestimar hasta el punto de no contarla para nada. Asi mientras Wintzingerode, marchando con el ardiente Blucher, cruzó ya á principios de abril el Elba, permanecia detrás el cuerpo de batalla de los rusos, y no entró en Dresde hasta el 26, dia mismo de la llegada de Napoleón á Erfurt. Pero de repente, agotado Kutusof de fuer-

zas de resultas de la última campaña, y expirante en cierto modo en medio de sus triunfos, pasó en Bunzlau de esta vida. Desde entonces las consideraciones de prudencia perdian al único jefe bastante acreditado para hacerlas valer sobre el ánimo de Alejandro, y rodeado éste de alemanes entusiastas, ya no debía pensar mas que en tomar la ofensiva cuanto antes. No se ponía en cuestion lo de dar batalla, ni dónde, ni cómo, á tal de que fuera en las llanuras de Sajonia, donde la caballeria de los coaligados debía tener tanta ventaja contra los franceses, que solo presentaban una infanteria bisoña sin tropas de á caballo.

Continuóse, pues, avanzando los dias 27, 28 y 29 de abril, entre el príncipe Eugenio que se hallaba en la confluencia del Saale y el Elba, y Napoleón que venia de la selva de Turingia. Ciertamente hubiera un medio de conjurar el peligro de la posicion esta, y lo proporcionarán la rápida traslacion á Leipsick, Lutzen, Wissenfels y Naumburgo, con los cien mil hombres disponibles, descontando el cuerpo de Sacken dejado en Polonia, el córte de la linea del Saale, y la interposicion entre el príncipe Eugenio y Napoleón para impedir que se incorporaran uno á otro. Esta operacion naturalmente indicada era muy practicable, hallándose desde el 28 entre el Pleiss y el Elster á la altura de Leipsick. Pero para llevarla á cabo se necesitara que alguien mandase, y habiendo Kutusof muerto, quedando de única autoridad militar el emperador Alejandro oyendo éste los dictámenes todos sin adoptar ninguno, no se hacia mas que seguir el avance con el desco al par que el temor de encontrar á Napoleón. A causa de la importancia del



papel de los rusos, habíase convenido en que el mando seria de ellos, y vanamente se buscaba á quien fiarlo. Tormazoff era el mas antiguo de sus generales, si bien el de menos capacidad entre todos. Wittgenstein, singularmente alabado por haber defendido el Dwina contra los franceses, que no querian cruzarlo, se hallaba muy en favor y encargado de mandar cuando se estuviera delante del enemigo. Pero sus exageradísimos triunfos tampoco eran obra suya; se debian á su gefe de estado mayor el general Diebitch, oficial emprendedor, hombre de mucho espíritu y de grandes talentos militares, dando su dictámen sin lograr que se siguiera. No podia, pues, ser el mando ni pronto, ni seguro, ni obedecido, y entretanto empujose por delante hasta la altura de Leipsick á Wittgenstein y York hácia la derecha en direccion de Halle; á Wintzingerode de vanguardia sobre Lutzen; á Blucher y al grueso del ejército ruso hácia el centro entre Rothera y Borna; á Miloradowitch hácia la izquierda sobre el camino de Chemnitz, que lame la falda de las montañas de Bohemia, para guarecerse por este lado, si Napoleon se presentaba allí casualmente. Se marchaba sabiendo que este se movia hácia adelante, pero no fijándose en una cosa facil de adivinar sin duda, cual era que, en lugar de seguir á lo largo de las montañas de Bohemia al salir de la selva de Turingia, tomaria la direccion opuesta y bajaria el Saale á fin de juntarse al principe Eugenio.

Conociendo Napoleon á sus enemigos, ya se le alcanzaba que no harian lo necesario para impedir que se uniera al virey de Italia, y sin embargo nada omitió para asegurar el éxito de su

empresa, como si se hallara en presencia del enemigo mas perspicaz y vigilante. Llegado, segun hemos dicho, el 28 de abril á Eckartsberg, llevó adelante á lo largo del Saale al mariscal Ney, al general Bertrand y al mariscal Oudinot, de manera de cerrar sucesivamente las avenidas todas. Al propio tiempo atrajo á su lado por un movimiento contrario al principe Eugenio, haciéndole remontar el Saale por Halle y Merseburgo. A Ney seguia con Marmont y la Guardia. Para operar la incorporacion proyectada, ya no quedaba el dia 28 mas que ocupar el espacio comprendido entre Merseburgo y Naumburgo, yendo al encuentro del principe Eugenio á Weissenfels, que se halla entre ambas poblaciones. Para hacer Napoleon infalible en cierto modo el éxito de su maniobra, no se satisfizo con disponer que Ney y Eugenio avanzaran uno hácia otro para juntarse hácia Weissenfels, sino que destacó del cuerpo de Marmont la division de Compans, la mejor mandada y la mas numerosa, y dirigióla hácia la izquierda sobre Freyburgo, con el fin de que, doblando las cabezas de columna de Ney y de Eugenio, fuese á formar entre uno y otro una especie de soldadura. Estos movimientos fueron ordenados desde Eskartsberg el 28 por la noche, para que se ejecutaran á otro dia. Ney debia bajar el Saale de Naumburgo á Weissenfels con sus dos primeras divisiones, pasar el rio á la altura de este punto, señorearlo, mientras le siguieran sus otras divisiones, y mientras Bertrand y Oudinot fueran á ocupar las avenidas por el abandonadas de Jena, de Dornburgo y de Naumburgo. Por su parte el principe Eugenio debia remontar el Saale, el cuerpo de Lauriston hasta la altura de



Halle, el de Macdonald hasta la altura de Merseburgo y mas arriba, á fin de dar á Ney la mano. Estas diversas instrucciones se hallaban trazadas con exactitud y prevision admirables. Por lo demás, no suponiendo Napoleon que el enemigo estuviese tan cerca con la masa de sus tropas, permaneció todavia en Eckartsberg personalmente, para poner orden en la cola de sus columnas.

Efectivamente, el mariscal Ney bajó el 29 el Saale, cruzólo algo mas arriba de Weissenfels, sobre puentes que ningun trabajo le costó echar encima, y adelantóse por las inmensas llanuras que se extienden mas allá de este rio. Lutzen se halla en el seno de estas llanuras, Lutzen hecho ya célebre por Gustavo Adolfo, y que Napoleon debia hacer todavia mas famoso algunos dias mas tarde.

Segun las instrucciones tácticas de Napoleon, marchaba Ney por la llanura de Weissenfels con la division de Souham formada en muchos cuadros. Por las avanzadas de caballeria supo sin ningun linage de duda que Wintzingerode se aproximaba con sus numerosos escuadrones. Este general alemán, gefe de la vanguardia rusa, tenia bajo sus órdenes la division de infanteria del principe Eugenio de Wurtemberg, y ocho ó nueve mil hombres de soberbia caballeria. Aquel mismo dia pasó mas acá de Weissenfels para averiguar junto al Saale noticias de los franceses. Ney presentóse á dárselas muy pronto.

Viendo nuestros conseritos á los enemigos por vez primera, si bien conducidos por oficiales que delante de ellos habian pasado su vida, y por un mariscal cuya sola actitud bastara para tranquilizarlos, se adelantaban con el estremecimiento de

una juvenil y bulliciosa bizzarria. Les era forzoso cruzar una ondulacion bastante marcada del terreno, y mas allá descubrian numerosos escuadrones, apoyados por infanteria ligera y por artilleria montada. Sin sorprenderse recibieron las primeras balas. Tiradores escogidos cruzaron el terreno ondulado, y obligaron á retroceder á los tiradores enemigos. Se les siguió luego, se bajó á lo hondo de la ondulacion aquella, se pasó al otro lado, y despues desembocóse en muchos cuadros por la llanura, y se hizo contra el enemigo un vivo fuego de artilleria. Tras de algunos cañonazos, arrojóse la division de caballeria de Landskoy sobre nuestros cuadros al galope. Critico era el instante. El anciano é intrépido Souham, el heróico Ney, los generales de brigada, se situaron cada uno dentro de un cuadro, para sostener á su infanteria, no acostumbrada á espectáculo semejante. Dada la señal, un fuego de fusileria ejecutado oportunamente acogió á la caballeria enemiga y atajola el empuje. Sorprendidos nuestros jóvenes soldados de que esto fuese tan poco, aguardaron un nuevo asalto, lo recibieron mejor todavia, y sembraron de ginetes de Landskoy la tierra. Deshaciendo Ney acto continuo los cuadros y formándolos en columnas, arrolló al enemigo por delante. De felicitaciones colmó á sus bravos conseritos, que llenaron los aires con repetidos gritos de *viva el emperador*. Desde este instante se podia esperar todo de ellos. Detrás de los rusos metiéronse en Weissenfels, los expulsaron de este punto decisivo, y lo señorearon á la caída de la tarde. Ney, que desde su juventud no habia peleado nunca al frente de soldados tan bisñosos, se apresuró á escribir á Napoleon y á expre-



sarle su alegría y su confianza en la forma siguiente. — Estos muchachos son héroes; con ellos haré cuanto queráis.

Formando la cabeza de la columna del príncipe Eugenio había entrado el mariscal Macdonald en el mismo instante en Merseburgo, y mezclado sus vanguardias con las del mariscal Ney. Fuertemente ocupados por el general prusiano Kleist había encontrado los puentes de Halle el general Lauriston que le seguía. Según se debe hacer memoria con referencia á uno de los actos heroicos del infornado general Dupont en la campaña de 1806, estos puentes se extienden sobre muchos brazos del Saale y son de imposible conquista á no hallarse en manos de una tropa desmoralizada. Ya no era este el estado del espíritu de los prusianos, á quienes inflamaba un noble patriotismo, una especie de desesperacion nacional. Ellos ocupaban los puentes de Halle con infantería y una artillería numerosa; y el general Lauriston no insistió en forzar una posición que se iba á echar abajo al día siguiente con rebasarla.

Al leer Napoleon los partes de sus generales, participó de su alegría, y escribió á Munich, á Stuttgart, á Carlsruhe, á París, para contar las proezas de sus reclutas. Al día siguiente 30 salió de Eckartsberg y fué á pernoctar á Weissenfels.

Habiéndose efectuado su union con el príncipe Eugenio junto al bajo Saale, pensó naturalmente en sacar la ventaja que de esta union se había prometido, la de desembocar en masa en las famosas llanuras de Lutzen, correr hácia Leipsick en una fuerte columna, cruzar el Elster por este punto, y ejecutando después un movimiento de conversion

con la izquierda por delante, marchar sobre los coaligados y arrinconarlos sobre las montañas de Bohemia. No teniendo bastante caballería para las exploraciones, pues la que tenía á la mano se hallaba forzosamente enclavada en la infantería, de miedo de ser anonadada, no entrevia mas que incompletamente los proyectos del enemigo. Pero muchos reconocimientos, muchos informes interpretados con su facultad ordinaria de adivinacion, le pusieron al corriente de que los prusianos y los rusos afluan sobre su derecha, y se hallaban por tanto entre su hueste y las montañas sobre el alto Elster, que era el curso de agua que debíamos encontrar después de cruzar el Saale. Asi el plan de Napoleon ofrecia aun las mayores probabilidades de buen suceso, y resolvió avanzar desde Weissenfels á Lutzen, para dirigirse desde este punto á Leipsick en masa cerrada, y pasar por allí el Elster. Sin embargo, no pudiendo marchar por una sola via con cerca de doscientos mil hombres, envió por el camino real de Lutzen á Leipsick al mariscal Ney, á la Guardia, y al mariscal Marmont. Para flanquear á la derecha esta columna, que era la principal, ordenó al general Bertrand y al mariscal Oudinot, dejados sobre el alto Saale, que desembocaran de Naumburgo sobre Stossen. Para flanquearla á la izquierda, ordenó al príncipe Eugenio que desembocara de Merseburgo, y se trasladara con todas sus fuerzas hácia Leipsick por el camino de Mackranstaedt. Arrancando asi estos diversos cuerpos del Saale, á tres ó cuatro leguas unos de otros, convergían todos hácia el punto comun de Leipsick. Prescriptas estas disposiciones, para que se ejecutaran al día siguiente 1.º de ma-